

Transición a la agricultura ecológica y comercialización de los productos agrícolas en Cantabria

Paco Caballero

ASOCIACIÓN ECOS: Al llegar al tema del desarrollo rural en relación con la agricultura, nos parece importante acercarnos a la situación actual y las posibilidades de la agricultura ecológica en una zona como Cantabria, ya que creemos que puede ser una forma de concretar las ideas del desarrollo sostenible en el medio rural. Desde ese punto de partida, y teniendo en cuenta su presencia en el programa del seminario rural, uno de los objetivos perseguidos con este acercamiento es reflexionar acerca de por qué la agricultura ecológica es sobre todo impulsada por neo-rurales, es decir, por personas ajenas, en cierto modo, a la cultura rural: personas que han salido de los pueblos y vuelven ahora, personas de origen urbano que deciden vivir en el campo, incluso personas que viven en la ciudad pero que tienen una explotación en los alrededores.

Y es que para evaluar las posibilidades de generar empleo, entre las personas del campo, que tiene la agricultura ecológica, además de calcular su rentabilidad, tendríamos que entender por qué, hasta ahora, estas personas no se han acercado a esta forma de producción.

Esperemos que las líneas que siguen generen nuevas y abundantes ideas sobre cómo ligar la agricultura ecológica al desarrollo rural.

Introducción y transición a la agricultura ecológica

Voy a empezar definiendo el término de agricultura ecológica. A mi me gusta hacerlo como aquel conjunto de actividades que realiza el ser humano tendentes a producir alimentos para su consumo, tratando de intervenir lo menos posible en el ecosistema en que se producen. Esto significa que en la agricultura ecológica no se pueden utilizar herbicidas, pesticidas, ni productos de síntesis química, y que se procura que la raza de ganado o plantas que se usan estén lo más adaptadas posibles al medio ambiente en el que se va a trabajar.

Si lo vemos desde una perspectiva histórica, en Cantabria, podemos observar cómo se pierde la antigua tradición -alguna gente mayor todavía lo recordaréis y a los jóvenes os lo habrán contado- de cultivar en los alrededores de los pueblos o de los pequeños núcleos urbanos y llevar los productos a los mercados locales. Había una relación muy directa entre el consumidor y el productor.

Sin embargo, a partir de 1992 empiezan a irrumpir en el mercado las grandes multinacionales y terminan definitivamente con este modelo. Llegan con una idea totalmente capitalista -Carrefour, PRYCA o Eroski cotizan en bolsa-, en la que sólo interesa el beneficio económico. La cadena de intermediarios que se crea desde el productor al consumidor se quiebra precisamente por sus dos extremos: el productor tiene que producir cada vez más con unos beneficios iguales o incluso menores de los que tenía; y el consumidor se tiene que poner a rezar para comer un filete que no sabe si es de vaca loca o de pollo hormonado.

Una serie de personas en Cantabria, a mediados de los años noventa, decide volver a la agricultura tradicional. Hay unos principios titubeantes: unos empiezan a convencerse de producir, otros de consumir. El caso es que, tras varios años, se ha desarrollado hasta llegar a la situación de hoy, que hay 107 productores con el sello de agricultura ecológica.

Los primeros agricultores ecológicos que aparecieron en la región dependían de Madrid para conseguir este sello. A partir de octubre o noviembre de 1996 esta competencia se traslada a Cantabria y se funda el Consejo Regulador de Agricultura Ecológica (CRAE), aunque éste no funciona demasiado hasta más adelante, cuando se le asigna el personal necesario.

Por todo esto, podemos decir que la forma de llegar a la agricultura ecológica en Cantabria ha sido el convencimiento propio de los productores. Y así es hoy en día, pues yo creo que esta condición es indispensable para poder dedicarse a este tipo de agricultura.

Una vez que se da ese convencimiento personal, hay dos procesos a realizar: por un lado el administrativo, que María Rafaela detalla en

el caso de la carne; y el de adaptación de las tierras a lo que se quiere consumir.

Si bien las lechugas se plantan igual en agricultura ecológica que en tradicional, el tratamiento no es el mismo; el hecho de no usar productos químicos, nos lleva a tener que utilizar plantas perfectamente adaptadas a los terrenos de cultivo. Por ejemplo, no es lo mismo cultivar en la costa que cerca de Torrelavega.

En este tema del inicio de una producción de agricultura ecológica, un colectivo importante es el de los productores de agricultura convencional que se están pensando el paso a la ecológica. Se observa cierto miedo al cambio, que tiene que ver con la falta de información y el hecho de que se tarde dos años en realizar esa conversión.

En este sentido nosotros hicimos un curso de catorce días en Torrelavega, que fue bastante difundido en los medios de comunicación. El año pasado se hicieron otros cursos organizados por sindicatos y asociaciones. No sé hasta qué punto estas iniciativas llegan a la población en general.

Por otro lado, creo que el papel fundamental de esta promoción tiene que hacerlo la administración. Si bien las agencias de extensión agraria tienen ya suficiente información, es éste un hecho muy reciente. Además, muchas personas que pasamos por ellas coincidimos en sentir que un problema grave es que los funcionarios de las agencias se han acomodado y convertido en puros gestores de trámites administrativos.

La lucha por la comercialización

Una vez que hemos desarrollado una explotación de agricultura ecológica, con nuestros terrenos adaptados a este tipo de producción, llega el momento de la comercialización. Básicamente, la agricultura ecológica de Cantabria es de hortalizas (97-98% de la producción): judías, tomates, lechugas y otras. Se hace de dos formas fundamentales: una bajo plástico o invernadero y otra al aire libre. Ambas tienen el problema de la estacionalidad del clima; es decir, no se producen tomates todo el año como en Almería y otros puntos del levante. Ese es

un problema para la comercialización, en la que influyen cuatro puntos fundamentales: el factor humano, el geográfico, la presentación y el que yo llamo la «contrapropaganda».

Dentro del factor humano, hay que tener en cuenta que existen tres tipos de planteamientos para producir: gente que se dedica profesionalmente, de manera exclusiva o casi, a la agricultura ecológica; gente que se dedica a tiempo parcial y lo compatibiliza con otras actividades o negocios; y, por último, hay quien se dedica a ello como entretenimiento: personas jubiladas o jóvenes que han terminado una carrera relacionada con la agricultura y tienen tierras familiares son ejemplos de este último caso.

El factor geográfico es muy importante: en Cantabria no hay grandes explotaciones; lo que tenemos son muchas y pequeñas. Los productores buscan los mercados de Santander y Torrelavega, por ser los más grandes. Pero, a medida que aumenta el número de productores, se hacen necesarias formas de asociacionismo y organización para buscar nuevas vías de comercialización. Pienso que nuestra vía es Bilbao, un núcleo de un millón de personas, con gente receptiva a la agricultura ecológica. No hay que olvidar que el pueblo vasco es amante de la buena cocina. En mi opinión es nuestro mercado natural, a una hora de Torrelavega.

Otra cuestión fundamental es la presentación. Si estamos vendiendo un producto de calidad, con un precio más elevado de lo normal, no concibo que se presente a granel, en cajas recuperadas o en lo primero que tengamos a mano. Creo que es importante una presentación exquisita, aunque ello suponga un coste añadido para el productor. Hasta el momento, con la presentación no estamos dando una imagen de producto de calidad.

Por último, está el factor de la «contrapropaganda». Habréis visto en la televisión la utilización de términos como «bio» o como «eco» en productos que no provienen de la agricultura ecológica. Existe una normativa pero hay una moratoria de tres o de cinco años, que permite que se esté jugando con las palabras: un yogur «bio» es simplemente una marca, no implica nada en relación con la forma de producirlo. Hoy todo es «bio», todo es «eco», todo es de procedencia natural.

Otro aspecto de la «contrapropaganda» es el del precio. En todos los debates sobre agricultura ecológica aparece la opinión de que los productos son muy caros. Es cierto que determinadas tiendas, amparadas en su prestigio, aprovechan lo novedoso de estos productos para elevar escandalosamente los precios; pero, en general, yo lo discutiría. Os voy a poner un ejemplo: cuesta lo mismo una docena de huevos ecológicos que un paquete de tabaco. Quien compra una docena de huevos a 160 pesetas, lo que hace es comprar un sucedáneo que tiene forma de huevo y nombre de huevo pero que no aguanta ningún análisis proteínico que se haga sobre él. Son huevos de gallinas a las que se fuerza para aumentar la producción: viven a base de hormonas y productos químicos, las mantienen despiertas todo el día con luz artificial, en jaulas donde no se pueden dar la vuelta,.... Pasa lo mismo con muchos otros productos.

Sin embargo, y en relación con lo que a menudo se dice de que los costes de producción de lo ecológico son menores porque no utilizamos productos químicos, herbicidas o pesticidas, tengo que decir que no estoy de acuerdo. Para empezar, porque mi explotación de tomates ecológicos nunca puede producir en la misma cantidad que un invernadero que utiliza semillas híbridas e incluso genéticamente modificadas, que permiten sacar entre 9 y 10 kilos por metro cuadrado; nuestras plantas tienen que ser resistentes a la mosca blanca y al hongo, pues no podemos aportarles productos químicos a través del regadío. La alimentación de nuestros tomates es a base del abonado que echamos en el suelo. No introducimos sulfato o nitrógeno complementario. En resumen, el rendimiento de una planta de tomate nuestra no pasa nunca de cuatro kilos por metro cuadrado. Además, tardamos mucho más en producir. Mientras que un pollo convencional en un mes está engordado y listo para la venta, un pollo ecológico sólo se alimenta de cereales y nunca estará listo para la venta antes de tres meses.

En la campaña del tomate de agricultura ecológica de este año, en muchas herboristerías de Santander se han vendido al mismo precio o más baratos que los tomates de las grandes superficies. Por esto, es fácil entender que hay muchos intereses de las multinacionales para echar abajo este tipo de productos.

Sobre la comercialización, yo querría hacer un llamamiento a los productores para hacer un producto de calidad y con buena presentación. Diría además que tenemos que organizarnos de manera colectiva para llegar a mercados más amplios, como Bilbao o Madrid, y para no saturar de producción los limitados mercados abiertos en Cantabria.

Además, el hecho de que aumente la producción de agricultura ecológica tiene que empujarnos a superar el ámbito de los herbolarios especializados, pudiendo llevar estos productos a las fruterías tradicionales.

En cuanto a la comercialización en las grandes superficies, hay que informar que te exigen unas cantidades de suministro y acuerdan unos precios que quedan fijados en un contrato. Eso hace que, si viene mal la cosecha y ésta se prevé menor que los acuerdos que se suscribieron, el agricultor se vea tentado a forzar esas plantas para conseguir el nivel de producción acordado, incumpliendo principios de la agricultura ecológica.

Además, yo creo que no podemos entrar en las grandes redes de comercialización porque, al primar la producción, acabarían impregnando la agricultura ecológica de los mismos males que la agricultura convencional. La agricultura ecológica debe producir para un consumo necesario pero nunca crear excesos, como ha ocurrido con la mantequilla y otros productos subvencionados, que se quedaban almacenados en Bruselas y costaban millones a toda la Comunidad.

Por último, a los consumidores les diría que en vez de ir a pasear con los niños los fines de semana por el PRYCA o el Eroski, los lleven a alguna granja de agricultura ecológica para hacer la compra de la semana. Deberíamos invertir un poco de tiempo en cuidar nuestra alimentación, pues depende en gran medida de los consumidores que la producción ecológica pueda aumentar, llegar a las tiendas convencionales y ofrecerse a precios más asequibles.